

Apóstoles y superapóstoles

Dr. Justo L. González



Asambleas
México
2005

Apóstoles y superapóstoles

Ante todo, permítaseme expresar mi gratitud por la invitación que se me ha hecho a estar entre ustedes, compartir con ustedes el gozo de la presencia del Señor, y escudriñar con ustedes cuál sea la voluntad de Dios para nosotros hoy.

El tema que se me ha dado lleva por título "la tradición apostólica". Bajo ese título podrían incluirse muchas cosas diferentes. Hay, por ejemplo, un libro que lleva por título *La tradición apostólica*, escrito por Hipólito a principios del siglo tercero. En otro ambiente, una conferencia sobre la tradición apostólica sería un estudio de ese libro. ¡Pero estoy seguro de que no es de eso que se trata acá! O podríamos entender nuestro tema en el sentido de ver hasta qué punto se ha mantenido y hasta qué punto se ha perdido la tradición apostólica a través de los siglos. ¿Somos, o no somos, continuadores de la tradición apostólica? Ese tema es mucho más interesante, y naturalmente tocaremos sobre él en algún momento. Pero es un tema que tomaría mucho más del escaso tiempo de que disponemos esta mañana.

Un poco perplejo ante el sentido exacto de lo que se me pedía, me comuniqué con los líderes de esta conferencia, y gracias a ellos creo poder entender un poco mejor cuál es la preocupación que les llevó a plantear este tema, y a pedirme que lo discuta con ustedes. En pocas palabras, el tema propuesto es un modo de acercarnos a la cuestión de la autoridad y el orden dentro de la iglesia. En nuestros días, ha aparecido toda una pléyade de personas que se

dan el título de "apóstoles", y que con ese título reclaman para sí una autoridad parecida a la de los primeros apóstoles, declarando además que quienes no pertenezcan a esa red apostólica no pertenecen tampoco, ni son fieles, a la tradición apostólica.

En otras palabras, se trata de la cuestión del orden y el gobierno de la iglesia, y de quién puede auténticamente reclamar para sí la autoridad apostólica o el título de "apóstol".

En esa preocupación por parte de sus líderes, veo un reflejo de la preocupación que Pablo expresa en su segunda epístola a los corintios, particularmente en el capítulo 11.

Al parecer, habían llegado a Corinto ciertas personas que reclamaban para sí una autoridad superior a la de Pablo, diciendo ser apóstoles, y pidiendo dinero entre los fieles. A ellos se refiere Pablo en el último versículo del capítulo 10, cuando dice: "Porque el hombre digno de aprobación no es el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien el Señor alaba". Entonces, al principio del capítulo 11, se refiere a la iglesia de Corinto como desposada con Cristo, y se coloca a sí mismo en una posición semejante a la de un padre judío de aquel tiempo que se prepara a presentar su hija en casamiento, y que vela por su virtud. Así dice, en el versículo 2: "Yo los he comprometido en casamiento con un solo esposo, Cristo, y quiero presentarlos ante él puros como una virgen".

Pero no todo anda bien. A Corinto han llegado unos predicadores que se las dan de ser más

sabios, o más santos, o más poderosos, o más elocuentes que Pablo, pero que en realidad constituyen una tentación y no una bendición. Por ello Pablo continúa:

Pero temo que, así como la serpiente engañó con astucia a Eva, también ustedes se dejen engañar, y que sus pensamientos se aparten de la actitud sincera y pura hacia Cristo. Ustedes soportan con gusto a cualquiera que llega hablándoles de un Jesús diferente del que nosotros les hemos predicado; y aceptan de buena gana un espíritu diferente del Espíritu que ya recibieron y un evangelio diferente del que ya han aceptado. Pues bien, yo no me siento inferior en nada a esos superapóstoles que vinieron después. (2 Corintios 11:3-5)

Nótese en este pasaje el contraste entre el "solo esposo, Cristo," que Pablo ha predicado y ante quien espera presentar a la novia pura y sin mancha, y el "Jesús diferente", el "espíritu diferente" y el "evangelio diferente" de estos superapóstoles.

El modo en que los superapóstoles funcionan es precisamente dando la impresión de que ellos sí saben quién es Jesús, que ellos sí tienen el Espíritu, que el evangelio que ellos proclaman es mejor que el de Pablo. Luego, la diferencia entre el verdadero apóstol, Pablo, y estos superapóstoles es ante todo doctrinal.

Pero hay también una diferencia práctica: Pablo no pide dinero de los corintios, ni se enriquece a costa de ellos. Por ello dice, "¿Será que hice mal en anunciarles el evangelio de Dios sin cobrarles nada, humillándome yo para enaltecerlos a ustedes?"

Tratemos entonces de la diferencia teológica y doctrinal, para luego volver sobre la diferencia práctica, y por último ver la relación entre ambas.

Primero, en cuanto a la diferencia teológica y doctrinal. Pablo y la iglesia antigua tuvieron que luchar constantemente contra falsas doctrinas que se arropaban con el nombre de Cristo, pero que en realidad eran una negación del evangelio. Entonces, como hoy, había siempre quienes querían superar a los predicadores del evangelio proclamando lo que decían ser un evangelio superior, o más estricto, o más espiritual. El ejemplo clásico lo tenemos en la epístola de Pablo a los gálatas, donde dice (Gálatas 1:6-9): "Estoy muy sorprendido de que ustedes se hayan alejado tan pronto de Dios, que los llamé mostrando en Cristo su bondad, y se hayan pasado a otro evangelio. En realidad no es que haya otro evangelio. Lo que pasa es que hay algunos que los perturban a ustedes, y que quieren trastornar el evangelio de Cristo. Pero si alguien les anuncia un evangelio distinto del que ya les hemos anunciado, que caiga sobre él la maldición de Dios, no importa si se trata de mí mismo o de un ángel venido del cielo. Lo he dicho antes y ahora lo repito: Si alguien les anuncia un evangelio diferente del que ya recibieron, que caiga sobre él la maldición de Dios".

AETH

Nótese que aquí también, como en Segunda de Corintios, el problema es un evangelio "diferente". Pablo insiste en que no hay sino un evangelio: el que él ha anunciado. Los que han venido a la región de Galacia perturbando a los creyentes son unos pretendidos superapóstoles que predicán un pretendido superevangelio en el que la salvación no es por la gracia de Cristo, sino por las obras de los creyentes, sujetándose a la ley. Pero ese supuesto evangelio, con todo y parecer ser un superevangelio, es invención humana, es obra de estos falsos apóstoles, en contraste con el verdadero evangelio que, como Pablo dice, "no es invención humana" (Gálatas

1:11). Este supuesto superevangelio, según el cual la salvación es por la santidad propia, es en realidad un contraevangelio, pues, como el propio Pablo dice, "si se obtuviera la justicia por medio de la ley, Cristo habría muerto inútilmente" (Gálatas 2:21).

A través de toda la historia, ésta ha sido una de las tentaciones más frecuentes entre los creyentes: no estar dispuestos a aceptar el don de Dios, la salvación gratuita de Dios, y querer inventarnos otros requisitos, otros medios por los cuales alcanzamos la salvación. En la Edad Media, fue todo el sistema penitencial de la iglesia, toda la teoría según la cual los creyentes obtenían méritos por sus buenas obras, y la salvación era gracias a esos méritos. Hoy es siguiendo alguna doctrina particular, uniéndose a esta iglesia en lugar de a aquella, adorando de esta forma en lugar de aquella, creyendo a este apóstol en lugar de a aquel. Pero todo esto no son sino supuestos evangelios que los humanos nos inventamos para no aceptar la locura del verdadero evangelio, la locura del poder de la cruz, que es más poderoso que cualquier poder humano, la locura de la sabiduría de la cruz, que es más sabia que la de cualquier superapóstol.

La otra tentación, el otro modo en que los cristianos nos hemos creado supuestos superevangelios, frecuentemente pregonados por algún supuesto superapóstol, es pretender tener un evangelio más "espiritual", menos involucrado en las duras y difíciles realidades de la existencia material, temporal y física. Esto apareció bien pronto en la vida de la iglesia antigua. Por ello había quien pretendía que Jesús era un ser puramente espiritual, que no tenía cuerpo

físico, o que su cuerpo no estaba hecho de carne como la nuestra. Tal doctrina pronto recibió el nombre de "docetismo", que viene de una palabra que quiere decir "apariencia", pues según ella el cuerpo físico de Jesucristo era pura apariencia.

Contra esas doctrinas, los primeros cristianos tuvieron que luchar arduamente, ya desde tiempos del Nuevo Testamento. Es por eso que en Primera de Juan 4:2 y siguientes, aparecen las siguientes palabras:

Queridos hermanos, no crean ustedes a todos los que dicen estar inspirados por Dios, sino pónganlos a prueba, a ver si el espíritu que hay en ellos es de Dios o no. Porque el mundo está lleno de falsos profetas. De esta manera pueden saber quién tiene el Espíritu de Dios: todo el que reconoce que Jesucristo vino como hombre verdadero, tiene el Espíritu de Dios. El que no reconoce así a Jesús, no tiene el Espíritu de Dios; al contrario, tiene el espíritu del Anticristo.

Al leer este pasaje, es importante señalar que no todo lo que dice ser espiritual es de Dios. Hay, sí, un Espíritu de Dios, al cual los creyentes le debemos todo cuanto somos y todo cuanto podemos. Pero hay también el espíritu del Anticristo. Y nótese que estos dos no se distinguen porque el uno sea espiritual y el otro material. No. Al contrario. Son dos espíritus, uno verdadero y el otro falso. Aunque hasta aquí he venido citando la Versión Popular, posiblemente en este pasaje la versión de Reina-Valera nos ayude más, pues es un poco más literal: "En esto conoced el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del Anticristo". En otras palabras, que la diferencia entre el Espíritu de Dios y el espíritu del Anticristo está en que uno confiesa que Jesucristo es venido en carne, y

el otro no. El Espíritu de Dios nos lleva a un Jesús que vivió en la carne, con un cuerpo como el nuestro, con necesidades como las nuestras. El espíritu del Anticristo se inventa un Jesús que no vivió en la carne, un Jesús puramente espiritual, ultramundano, que no tiene nada que ver con nuestros cuerpos y nuestros dolores, que no sufre como nosotros.

Eso es lo que en la antigüedad se llamaba "docetismo", y es una doctrina que la iglesia rechazó repetidamente, pero que constantemente está tratando de buscar el modo de reintroducirse entre los cristianos, precisamente porque es el espíritu del Anticristo.

Y lo peor del caso es que a través de la historia ese espíritu docético ha invadido la vida de la iglesia, aun cuando en términos formales se ha confesado o se ha dicho que Jesucristo vino en carne. Así, por ejemplo, tiempos y lugares hubo en que los cristianos, al tiempo que decían que Jesucristo había venido en carne, pensaban que el mejor modo de servirle era apartándose de la carne, del cuerpo y sus necesidades. Así hubo quienes pensaron que el mejor modo de seguir a Jesucristo era dedicándose a la meditación y la contemplación, olvidándose del mundo físico y de sus necesidades, escondiéndose en un monasterio o en la gruta de un anacoreta. Pero no se percataban de que al hacer tal cosa, aunque con la boca dijese que sí creían que Jesucristo había venido en carne, con la vida proclamaban y servían a otro Jesucristo, como si Dios, en lugar de hacerse carne y venir a vivir entre nosotros, nos hubiese hablado desde el séptimo cielo, o como si la santidad de Jesucristo no hubiese sido santidad en el cuerpo, santidad vivida en medio del pueblo, compartiendo y aliviando los dolores y las miserias de ese pueblo.

Quien desprecia el cuerpo humano, este cuerpo que Jesús dignificó con su presencia, o bien desprecia a Jesús, o bien secretamente se niega a confesar que Jesucristo vino en tal cuerpo—y sigue por tanto, como diría Juan, el espíritu del Anticristo.

Y no pensemos que tal tentación existe sólo entre las iglesias que tienen monasterios, o donde se practica la vida contemplativa de los monjes. Existe también entre nosotros, cuando pensamos que Jesucristo solamente se preocupa por las almas de las gentes, que basta con que crean para que vayan al cielo, como si Jesús no hubiese venido en carne.

En esto también algunos de los superapóstoles de hoy no parecen seguir el Espíritu de Dios, que confiesa que Jesucristo es venido en carne, sino más bien el espíritu del Anticristo. Hoy que la palabra "espiritualidad" se ha puesto de moda, y todo el mundo busca el modo de ser "espiritual", algunos superapóstoles se han inventado un superevangelio superespiritual, que no tiene nada que ver con nuestros cuerpos y nuestros sufrimientos, con el hambre y la injusticia, con el dolor, con la muerte y la ansiedad.

En este sentido, las Asambleas de Dios son de admirar, pues a través de toda su historia se han distinguido por su interés en la persona integral, orando no sólo por la salvación espiritual de las gentes, sino también por su sanidad física, y ocupándose no sólo de que crean, sino también de que coman, de que tengan qué vestir.

Empero hay otro modo en el que a veces negamos que Jesucristo vino en carne. Venir en carne es estar sujeto a los dolores e incertidumbres de esta vida. Jesucristo no sólo se encarnó, sino que también sufrió. Hoy también hay algunos superapóstoles según cuyo superevangelio quien tiene fe tiene todos los problemas resueltos. La fe no es entonces confianza en Dios, sino que es mucho más que eso. La superfe de este superevangelio garantiza la prosperidad, la comodidad, la salud, y que todo nos va a salir como nosotros deseamos.

Pero esa no es la fe del Espíritu de Dios, que confiesa que Jesucristo vino en carne. Jesucristo vino en carne, y en carne sufrió la más cruel e injusta de las muertes. Sus apóstoles sufrieron persecución, cárcel, azotes y muerte. Pablo murió decapitado. Pedro, al parecer crucificado. Otros fueron apedreados. Su fe no era la superfe del superevangelio que nos promete bienestar, prosperidad y éxito, sino que era la verdadera fe del verdadero evangelio, la fe que se describe en el famoso pasaje de Hebreos 11, que cito según el conocido texto de Reina-Valera:

Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. ... El pasaje sigue dando una larga lista de quienes vivieron por fe: Abel, Enoc, Noé, Abraham, Sara, José, Moisés, y otros, y termina con un bello e inspirado resumen: "Todos ellos, por fe, conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. Hubo mujeres que recobraron con vida a sus muertos..."

Hasta aquí, todo suena muy feliz, como si la fe fuese la panacea del éxito, la promesa de la prosperidad, la garantía de toda clase de bienestar.

Pero el texto continúa: "Otros experimentaron oprobios, azotes y, a más de esto, prisiones y

cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada.

Anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados...". El texto continúa, y les invito a leerlo luego con más detenimiento. Pero el punto importante es que tanto quienes evitaron el filo de espada como quienes murieron a filo de espada lo hicieron por fe. Quien murió por la espada no tuvo menos fe que quien por la misma fe se salvó de la espada. Quienes fueron aserrados no tuvieron menos fe que quienes taparon bocas de leones.

La fe que se describe en Hebreos es una fe que lleva a la obediencia, la fe que unas veces produce sanidad y otras lleva al sacrificio; la fe que unas veces nos libra del dolor y otras nos invita al sacrificio y el dolor. No es la superfe del evangelio de la prosperidad, que todo lo soluciona y nada requiere. Es la fe de Jesucristo venido en carne, quien en carne sudó sangre, quien en carne llevó una corona de espinas, quien en carne sufrió oprobios y fue crucificado. Es la fe de Pablo, quien tres veces rogó que le fuese quitada la espina que llevaba en la carne, y quien por fe recibió respuesta a su oración: "Bástete mi gracia".

El verdadero apóstol de tal fe sabe que la fidelidad no se mide en términos de éxito, ni de popularidad, ni de prosperidad. Si no, recordemos el conocido pasaje en Mateo 16, donde Pedro declara que Jesús es el Mesías, y Jesús le responde: "Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra voy a construir mi iglesia, etc., etc". Inmediatamente después de esos hechos, Jesús comienza a hablarles a los discípulos acerca de los sufrimientos que le esperan en

Jerusalén, y Pedro trata de disuadirle de ir a Jerusalén. Entonces Jesús increpa a Pedro, al apóstol Pedro, el mismo a quien acaba de decir, "te daré las llaves del reino de los cielos," y le dice ahora: "¡Apártate de mí, Satanás, pues eres un tropiezo para mí! Tú no ves las cosas como las ve Dios, sino como las ven los hombres". De momento Pedro, el discípulo inspirado que poco antes confesó a Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios, ahora pretende que haya un evangelio sin cruz, un evangelio sin sufrimiento—es decir, un evangelio de pura dicha y prosperidad. ¡Y a este apóstol de quien más tarde algunos harían el primero de los apóstoles, una especie de apóstol por encima de los demás, Jesús le llama Satanás!

Pero la historia se repite. A los humanos nos gusta el premio sin sufrimiento, la victoria sin sacrificios, la resurrección sin la cruz, y por eso repetidamente nos hemos inventado una especie de superevangelio del triunfo, de las riquezas, y de la prosperidad. Y algunos se han hecho portavoces de tal evangelio, como unos superapóstoles que no tiene que sufrir persecución como los primeros cristianos, ni cárcel como Pablo, ni muerte como Pablo y Pedro y Juan, sino que sencillamente se dedican a predicar su superevangelio y vivir bien a costa de él.

Es contra todo esto que Pablo, verdadero apóstol, lucha en Segunda de Corintios 11, al referirse a los "superapóstoles". Lo que está en juego no es una mera cuestión de control. Pablo no está preocupado porque le van a llevar los fieles. En otro pasaje, en Filipenses 1:15-18, Pablo muestra que lo que le preocupa no es quién controla a los creyentes, ni siquiera la motivación

de los predicadores:

Es verdad que algunos anuncian a Cristo por envidia y rivalidad, pero otros lo hacen con buena intención. Algunos anuncian a Cristo por amor, ... pero otros lo hacen por interés personal, y no son sinceros. ... Pero ¿qué importa? De cualquier manera, con sinceridad o sin ella, anuncian a Cristo; y esto me causa alegría.

Luego, lo que le preocupa a Pablo no es quién va a dirigir a los fieles, ni a quién tendrán pro líder o por apóstol, sino el peligro de que estas personas a quienes él llama "superapóstoles" descarrien al rebaño. O, como él dice en el pasaje de Segunda de Corintios que venimos estudiando, que su interés está en presentar a los creyentes, a la iglesia, ante su único esposo, Cristo, y no ante un Jesús diferente, con un espíritu diferente, y en base a un evangelio diferente.

Tales son las preocupaciones doctrinales o teológicas que llevan a Pablo a rechazar a los superapóstoles que han llegado a Corinto.

Las razones prácticas se relacionan estrechamente con las teológicas. En el caso de Corinto, los supuestos superapóstoles han llegado buscando dinero. Por ello, en el versículo 7 Pablo se pregunta irónicamente: "¿Será que hice mal en anunciarles el evangelio sin cobrarles nada?" Y luego dice: "Y cuando estando entre ustedes necesité algo, nunca fui una carga para ninguno; pues los hermanos que llegaron de Macedonia me dieron lo que necesitaba".

En este contexto, es importante notar que, aunque Pablo estaba continuamente recogiendo

dinero entre los fieles, nunca lo hacía para sí mismo, sino para los necesitados en Jerusalén. El dinero que le mandaron los hermanos de Macedonia él nunca lo pidió, aunque sí lo agradeció. Y nunca fue tanto que Pablo pudiese vivir holgadamente, sino que siempre se sostuvo a sí mismo en su humilde oficio de fabricante de carpas. Pablo no fue a Corinto, ni fundó una iglesia en Corinto, para que le diese dinero, sino todo lo contrario.

Pero ahora han llegado estos superapóstoles que no solamente predicán un evangelio diferente, sino que lo predicán de modo diferente. Lo predicán a modo de negocio. Su propósito no es tanto llevar a las gentes a nueva vida mediante el evangelio, sino ellos mismos vivir del evangelio.

Algo semejante sucede con los superapóstoles de la Epístola a los Gálatas, acerca de los cuales Pablo declara con fuertes palabras: "Esa gente tiene mucho interés en ustedes, pero no son buenas sus intenciones. Lo que quieren es apartarlos de nosotros, para que luego ustedes se interesen por ellos".

Hay una conexión estrecha entre las doctrinas de los diversos superevanglios y las prácticas y propósitos de los superapóstoles que los pregonan. A Galacia llegó la predicación de un pretendido superevangelio que decía requerir más pureza y santidad que el evangelio predicado por Pablo, un superevangelio de la salvación mediante el cumplimiento de la ley, y por tanto un supuesto superevangelio que era en realidad un infraevangelio, un supuesto evangelio inferior

al verdadero. Y los superapóstoles que predicaban ese supuesto superevangelio lo hacían por interés propio, según Pablo mismo indica. A Corinto llegaron otros superapóstoles, también predicando su supuesto superevangelio—o, como dice Pablo, predicando un evangelio diferente, con un Jesús diferente, y con un espíritu diferente.

Pero ese evangelio diferente lleva también a prácticas ministeriales diferentes. Si, por ejemplo, se trata del superevangelio del éxito y la prosperidad, de un evangelio sin cruz y sin sufrimiento, de un evangelio según el cual todo le sale bien al creyente, entonces la fidelidad de los apóstoles de tal evangelio deberá manifestarse en éxito y prosperidad. Y, precisamente para alcanzar ese éxito y prosperidad, los superapóstoles de este superevangelio, los nuevos apóstoles de este nuevo evangelio, tendrán que exigir que se les pague bien, que se les ofrenden casas y automóviles, tendrán que lucir broches de diamantes y cadenas de oro, porque todo esto, todas estas señales de prosperidad, son entonces también señales de fidelidad y de bendición. Y si, por el contrario, estos nuevos apóstoles tienen que vivir con poco, quizá hasta trabajando con sus manos como el apóstol Pablo, entonces eso es señal de que no son fieles, y de que por tanto Dios no les bendice.

¿Qué hemos de decir a quienes admiran y siguen a los superapóstoles de hoy?

Sencillamente, lo mismo que Pablo dijo:

Pablo, apóstol de Jesucristo (no por disposición de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y Dios Padre que lo resucitó de los muertos)... (Gál. 1:1)

Temo que, así como la serpiente engañó con astucia a Eva, también ustedes se dejen engañar, y que sus pensamientos se aparten de la actitud sincera y pura hacia Cristo. Ustedes soportan con gusto a cualquiera que llega hablándoles de un Jesús diferente del que nosotros les hemos predicado; y aceptan de buena gana un espíritu diferente del Espíritu que ya recibieron y un evangelio diferente del que ya han aceptado. Pues bien, yo no me siento inferior en nada a esos superapóstoles que vinieron después. (2 Co. 1 1:3-5)

Estoy asombrado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sin que hay algunos que os perturban y quieren alterar el evangelio de Cristo. Pero si aun nosotros, o un ángel del cielo os anuncia un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. (Gál. 1:6-8)

Repito: si cualquiera, ya fuese el mismo apóstol Pablo, o un ángel del cielo [y podríamos añadir, un superapóstol] os anuncia un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema.

No creo que pueda haber palabras más fuertes, ni fe más firme, que lo que expresa el propio Pablo. ¡Permita el Señor que en el día de hoy podamos proclamar el mismo evangelio de siempre con una firmeza como la de aquel verdadero apóstol, quien se gloriaba en tal título, "no por disposición de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios Padre que lo resucitó de los muertos"!

Amén. ¡Así sea!